

Jose-Marias. Pero en desquite, si hemos celebrado los hechos de tales facinerosos, fuera de aqui es donde han nacido los sistemas que tratan de erigir como principio doctrinal, que la sociedad en masa, y no los hombres, es culpable de semejantes excesos. Nosotros los hemos admirado, y nunca justificado; pero al fin hemos dado motivo á que el famoso Schiller pusiese en escena y enalteciese los desaforados de un bandido, colorándole en situaciones que le justifican sus atropellos. Estos son quizá los primeros escalones por donde el comunismo y el socialismo han llegado á formar las doctrinas mas absurdas y sofisticas, que no por ser tan victoriosas dejan de producir males sin cuento, y de ser en último resultado mas enemigas de la libertad que el despotismo mas atroz, el cual, aunque obre sobre las individualidades, no las destruye ni sujeta en masa á un sistema, que puede llamarse de esclavitud general, y de supresion ó anquilamiento de las facultades intelectuales.

A pesar de los vicios é inmoralidad de los romances de *Guapezas*, tienen todavia el mérito de continuar la verdadera poesia popular en toda su franqueza, candor, inartificio y sencillez en su espíritu y en sus formas, ya que no siempre en su estilo, que es á veces afectado y lleno de reminiscencias é imágenes buscadas y artificias. Lo mismo ellos que los viejos participan de los defectos de una improvisacion sencilla; se los ve llenos de ripios, tal vez de obscenidad y de desorden, de manera que los poetas se olvidan de los antecedentes, forman paréntesis interminables, su frase es embarazosa, y se los vé que sin preparacion alguna, el héroe del romance empieza la narracion, y sin saber cómo, el poeta la continúa. Sin embargo, como son la expresion genuina de los antiguos en sus formas, y con ellas se han conservado hasta nuestro tiempo, hemos insertado en este *Romanero* alguno que otro que pertenece al siglo pasado, y aun al presente.

SECCION DE ROMANCES VULGARES, QUE TRATAN DE CASOS Y FENÓMENOS RAROS Y MARAVILLOSOS.

1344.

LA ARPIA AMERICANA.

(Anónimo.)

¿Quién no se pasma y asombra
Al contemplar los portentos
Que la gran madre natura
Ha puesto en el universo?
Pasma ver al astro hermoso
Que ilumina el firmamento,
Animando cuanto existe
Con sus rayos y sus fuegos;
Pasma el ver la clara luna
Rodeada de luceros,
Que en la silenciosa noche
Alumbran el orbe entero;
Pasma el ver la inmensa mole
De nuestro habitado suelo,
Llena de tierras y mares,
Rios, lagunas y estrechos;
Pasma el ver árboles tantos,
Cuyos frutos son sustento
De ese número infinito
De vivientes elementos;
Pasma el ver las varias castas
De animales tan diversos,
Unos del aire habitantes,
Otros del agua ó del suelo;
Y pasma, por fin, el hombre
Coronado rey y dueño
De cuanto en el orbe vive,
Por la mano de Dios hecho.
Pero pasma sobre todo
Tantos monstruosos portentos
Que del orden natural
Dejan las leyes sin fuero.
Uno de ellos es la arpia,
Animal el mas sangriento
Que han abortado los mares,
Que los montes conocieron.
Es la arpia horrendo monstruo
Que ya Virgilio en su tiempo
Dejó en sus versos marcado
Por odioso, hediondo y fiero.
No hay monstruo, dice, mas malo
Que las arpías de Lemnos,
Ni peste que se compare
Con su mortífero aliento.
Cuanto tocan, emponzoñan
Cual si exhalasen veneno,
Y de sus uñas rapaces,
No se libra ni el mas diestro:
Ellas fueron las que un dia
Al piadoso aventurero
A Eneas hijo de Anquises,
Tan terrible susto dieron,

Pues dejándole en un soplo
Exánime y sin aliento,
De sus venideros males
La profecía le hicieron;
Ellas son las que acosadas
Por el valiente europeo
En el Africa y el Asia,
A la América se huyeron.
Allá cuentan los autores
Que han escrito sobre esto,
Su domicilio fijaron,
Su vivienda establecieron.
Allá en calidad de anfibios
Viven en bosques espesos
Inmediatos á lagunas
Infestando el elemento;
Allí en cordilleras anchas
Y en intincados desiertos,
Donde el hombre no ha llegado,
Tienen hediondo asiento;
Y desde allí derramadas
Corren con furor hambriento,
Ya en busca del cocodrilo,
Ya del caiman y el asfalto.
No hay fieras que las asusten,
Pues hasta el leon temiendo
Pierde á su vista el sentido
Y se horroriza á su aspecto.
Sus ojos encarnizados
Están respirando fuego,
Y con femineil semblante
Destilan asco y veneno.
Con su boca de dragon,
Sus dientes dobles y espesos
En dos hileras pobladas,
Reducen á polvo el hierro.
De color de carne humana
Tienen la cara y los pechos,
Y su anchurosa barriga
Prosigue del color mismo;
El pelo es castaño oscuro,
Y lo restante del cuerpo
De una fuertísima escama
Está del todo cubierto.
Tienen por bárbaro adorno
Alas de color de fuego,
Y con orejas de toro,
Tienen lo mismo los cuernos.
Cinco uñas en cada mano
Que muy bien llamar podemos
En lugar de manos, garras,
Por sus garfios y su esfuerzo.
Su cola en dos se divide,
Y cual sierpe ó dragon fiero,
Es cada una tortuosa,
Que se enrosca en su despecho.

Uno de esos animales,
Equivocando el sendero,
En vez de entrar en los bosques,
Mansion de su raza y sexo,
Hacia la parte habitada
Torció sin duda, y siguiendo
Países desconocidos,
Dió en los montes Orfagueños.
Anduvo vagando errante
Ya por valles, ya por cerros,
Otras fieras destrozando
Haciéndolas su alimento,
Hasta que dando por fin
De una laguna en el centro,
Fijó en ella su morada,
En calor activo ardiendo.
Luego, desde allí impelida
Del hambre cruel al esfuerzo,
Las montañas recorria
Con ahinco carnicero.
Ni los leones se escapan,
Ni los tigres mas soberbios,
Ni cuanto animal furioso
Se halla en aquel hemisferio.
Luego, interunándose mas,
Llegó á descubrir los pueblos,
Y entonces la carne humana
Era todo su embeleso.
Ya cogia á un pobre anciano
Que iba limosna pidiendo;
Ya de un sencillo colono
Daba al punto fin finesto.
Hoy una jóven faltaba
Que salió á buscar su dueño;
Y del monstruo sorprendida
Fué pasto suyo al momento.
Otro dia tres soldados,
A pesar de sus pertrechos,
Su fusil y sus cartuchos,
Muertos por la arpia fueron.
Cuantos niños encontraba
Eran su alimento luego,
Pues con sus terribles garras
Trozos hacia sus cuerpos;
Y si los incautos padres
Los buscan, el monstruo fiero
Los acomete y les cabe
La suerte que al hijo tierno.
Tantos lances y desgracias,
Tantos fatales sucesos,
Todo el país alarmaron,
Todo el suelo conmovieron.
Una general batida
Determinan con acierto,
Que dé fin á males tantos
Y tranquilice los pueblos.
Vanse pues, adelantando
Por las montañas y cerros,
Y llegan á la laguna
Sin tener humano encuentro.
Por la noche hacer un alto
Determinan, y al momento
Sobre la vasta llanura
Tienden los cansados cuerpos.
Sus centinelas colocan,
Para que estando en acecho
Cualquiera sorpresa eviten
Y en pié se pongan corriendo;
Pero al punto que al descansa
Poderse entregar creyeron,
Dejando el lago la fiera
Se arroja sobre ellos luego.
General es el alarma;
Suenan bocinas y cuernos,
Y la gente alborotada
Sacude al instante el sueño.
A embestir al enemigo
Se arrojan con noble aliento,
Y en efecto se adelantan

Hacia donde el ruido oyeron.
¡Pero cuál el susto ha sido
Cuando frente á frente puestos
De aquel espantable monstruo
Vieron su fatal aspecto!
Como aquellos orfaganos
De terror quedaron yertos,
Y las armas de la mano
Casi á todos les cayeron,
Corrió sobre ellos el monstruo,
Destrozando carnicero
A cuantos no prestó alas
La lijereza del miedo
Pero al instante que en salvo
De su furor se creyeron,
Recobrándose del susto,
Tuvieron todos consejo,
Y resolucion tomaron
De buscar todos los medios
De apoderarse del monstruo
Causa de tales sucesos.
A este fin determinaron
Matar diversos carneros,
Y de narcóticos jugos
Empapar su carne luego.
En seguida desde un monte
De pico elevado y tieso,
Desde donde la llanura
Descubrian sin esfuerzo,
Aquella carne arrojaron
Para que el monstruo perverso
Arrojándose sobre ella
Cogiese un profundo sueño.
Así al punto lo lograron,
Pues corriendo por su seno
El narcótico licor,
Cayó dormido al momento.
Entonces con fuertes lazos
Ensartándole el cuello,
Piés y cola, le aseguran
Como si estuviese muerto.
Tal le creyeron sin duda;
Mas para cualquier suceso
Grillos en sus manos cargan
Y encadenan todo el cuerpo.
Al cabo de largas horas,
Sacudiendo el monstruo el sueño,
Al verse así aprisionado
Prorrumpe en bramido horrendo.
Romper pretende los lazos,
Mas son vanos sus esfuerzos;
Que al poder del hombre débil
Ceder debe, á su despecho.
Así á sus pueblos llegaron
Cantando en grande contento,
Y el monstruo con alaridos
Acompañaba el festejo.
Por una cuantiosa suma
Lo ha comprado un europeo,
Y con él se vino á Europa,
Ganar mucho mas creyendo.
En Malta desembarcó;
Desde allí fué al país griego,
Y luego á Constantinopla,
Toda la Tracia siguiendo.
Allí empezó á no querer
Admitir los alimentos,
Tanto que á pocas semanas
Murió rabiando y rugiendo.
Este fin tuvo la arpia,
Monstruo de natura horrendo:
¡Ojalá todos los monstruos
Se murieran en naciendo!
Y el que abriga un corazón
Feroz y cruel en el pecho,
Que antes de nacer espire
Se ha de rogar á los cielos.

(La Arpia americana, Pliego suelto.)

1345.

LOS CINCO HIJOS DE UN PARTO.
(Anónimo.)

Por los ámbitos del mundo
Resuene en acentos claros
La mas extraña noticia,
El mas admirable caso
Que se ha visto, ni se ha oído,
Ni en imprentas se ha estampado.
Atencion encargo á todos,
Mientras al Rey soberano
De cielo y tierra le pido
Me dé su auxilio y amparo
Para que pueda mi pluma
Ir dirigiendo estos rasgos.

En un pueblo que se halla
En el reino valenciano,
Que el nombre suyo es Jalapa,
Allí nació un hombre honrado
Llamado Isidoro Lopez;
Y con quien está casado
Es con Maria Gutierrez.
Querianse como amados,
Y del feliz matrimonio
Les dió el cielo soberano,
Al cabo de nueve meses,
En el dia señalado,
Aunque con muchas fatigas,
Dolor, ansias y trabajos,
Cinco hijos de un solo vientre.
¿Qué fenómeno tan raro!
Pues lo mas extraño es, que
Cada uno va señalado
Con una señal distinta,
Las cuales iré explicando:
El primero que nació,
Asida en su diestra mano
Sacó una espiga de trigo;
El segundo en igual caso,
Sacó como el anterior,
Segun se ha manifestado,
Una espiga de cebada;
Todos se maravillaron.
Nació el tercero, y fué mas
El asombro que ha causado,
Pues nació con dos espadas
En su vientre amenazando,
Ambas formando una cruz.
Después de este nació el cuarto,
Con un racimo de uvas
Puesto en la derecha mano;
Y el quinto, con una vara
Sobre el muslo; raro caso!
A modo de una escopeta.
Los circunstantes pasmados,
Al mirar tales señales
Se quedaron asombrados.
¿Qué dolor, qué sentimiento,
Los pobres padres pasaron,
Viendo á estos cinco varones
De esta suerte señalados!
Alborotóse el lugar:
Todos atemorizados
Andaban de Dios temiendo,
Segun por lo que han mirado,
Un riguroso castigo,
Y así se fué divulgando.
Llegó á Valencia la nueva,
Y al momento ha publicado
Una órden el gobierno,
Discreto, prudente y sabio,
Mandando llamar al punto
Los hombres mas literatos
Que hubiese en todo aquel reino.
Vinieron los magistrados,
Y por mas que discurrieron,
Ni en libros que registraron,
Averiguar no pudieron

Señales de tanto pasmo,
Extrañas y nunca vistas,
Que pudiesen ser. Y es claro
Que á Valencia se volvieron;
Y el General, informado,
Pasó con su comitiva
A Jalapa, y admirado,
Con diez mil duros de plata
Los niños dejó premiados.
Se despidió el General,
Del caso maravilloso,
No de la monstruosidad
De cinco hijos de un parto,
Si de las cinco señales,
Por lo que están denotando.
Porque en este mundo ha habido,
Segun cuenta Alberto-Magno,
Andreas el Evorense,
Glesiardino, Guerra y cuantos
Autores clásicos trae
El Ente dilucidado,
Como Plinio y Nieremberg
Refieren en un tratado,
De una mujer que parió
De una vez ó solo parto
Diferentes criaturas;
Pero en esto no me paro,
Pues por no ser de mi asunto
Mas de lo que me han mandado,
No quiero extender mi pluma
Sobre monstruosos partos.
Solo diré que lo trae
El Ente dilucidado,
Quien afirma por muy cierto
Este monstruoso parto,
Y cómo de sus resultas
Fallecieron de contado
La madre y las criaturas,
Sin valer poder humano.
Y así, todos muy rendidos
Misericordia pidamos,
Porque así del Sér supremo
Los rigores aplacamos.
Confúndase la herejía,
La ley del Crucificado
Reine en nuestros corazones,
A pesar de alucinados;
Logre la Iglesia romana
Sus piadosos fines santos;
Y nuestro augusto monarca
Con los principes cristianos
Conserven paz y concordia
En sus felices reinados.
Para que al fin de sus dias
Con sus súbditos amados,
En la patria celestial
Se coronen de mil lauros,
Y todos eternamente
Loemos y bendigamos
A la augusta Trinidad
Con el Santo, Santo, Santo.

(Los cinco hijos de un parto, Pliego-suelto.)

1346.

CASO BAO Y MILAGROSO DE UNA MUJER QUE PARIÓ
TRESIENTOS SETENTA HIJOS DE UN PARTO.

(Anónimo.)

Estén atentos los hombres
Sin haberse de admirar;
Las mujeres temerosas
D'esto no se han de espantar,
Y es que aconteció en Irlanda,
Verísimo, s'in dudar,
Que yendo una mujer pobre
Su limosna á demandar
Llevando en sí muchos hijos
Hermosos para alabar,

Allegó á pedir limosna
Por poderse alimentar
A madama Margarita,
Que así la solian llamar,
Princesa, dicen algunos,
Que fué de Irlanda, sin par,
La cual en ver tantos niños
Fué á la pobre á preguntar:
—¿Tus hijos son todos esos?—
Tal respuesta le fué á dar:
—Sí, mi señora, y de un padre,
El cual vive á su mandar.—
Respondióle:—Es imposible,
Antes cierto es de pensar,
Que ellos son de muchos padres,
Y esto no puedes negar.—
La pobre mujer aflicta,
Como se viese infamar,
Con las manos hácia el cielo
Fuése en tierra á arrodillar
Diciendo:—¿Oh plegue á Dios,
Como él lo puede obrar,
Que tantos hijos de un padre
Vengas, señora, á alcanzar,
Que no puedas conocerlos
Ni meños poder criar!—
Fué este ruego tan acepto,
Que esta dama fué á engendrar
Trescientos setenta hijos,
¿Cosa de maravillar!

Todos los parió en un dia
Sin peligro, y con pesar,
Chicos, como ratoncillos,
Vivos, sin uno faltar;
A los cuales un obispo
A todos fué á bautizar
En una fuente de plata.
Después fuéron á gozar
De aquella gloria suprema
Que no se puede preciar.
Esta fuente en una iglesia
Hoy en dia suele estar,
Y á nuestro emperador Carlos
Se la fuéron á mostrar;
Y esto ser verdad testiguan
Autores muy de estimar:
Uno es Baptista Fulgoso,
Enrico, con Algozar,
Y el gran doctor valenciano
Vives, que no es de olvidar.

(TIMONEDA, Rosa gentil.)

Este romance es del siglo XVI, y acaso compuesto ó refundido por Timoneda. La narracion tradicional del hecho que aquí se refiere, supone que la pobre mujer ofendida por la desdenosa princesa, rogó á Dios que la castigase haciéndola parir tantos hijos de un parto como dias tiene el año, y en efecto la maldicion la cayó, y parió trescientos sesenta y cinco niños pequeñísimos, y no trescientos setenta como cuenta el romance.

SECCION DE ROMANCES VULGARES QUE TRATAN
DE ASUNTOS IMAGINARIOS.

1347.

LA ISLA DE JAUJA.

(Anónimo.)

Desde el Sur al Norte frio,
Desde el Oriente al Ocaso,
La fama con trompas de oro
Publique en acentos claros
El suceso mas famoso,
Y el mas prodigioso hallazgo
Que el dorado sol registra
Luz á luz y rayo á rayo.
Es el caso que un navio
Del general Don Fernando,
Surcando del dios Neptuno
El mas sazonado charco,
Ha descubierto una isla,
Cuyos grandiosos espacios
O son jardines de Venus,
O son pensiles de Baco;
Cuyas casas eminentes,
Cuyos rumbosos palacios,
O brillan con margaritas
O deslumbran con topacios:
Sus fachadas y paredes
Todas son de piedra mármol,
De marfiles espejosos,
Y cándidos alabastros;
Sus cuadras son aposentos,
Que están todos entoldados
De tela de plata y oro,
Y brocado de tres altos.
Bufetes de feligrana,
Escritorios de oro vario,
Baules de pedrería,
Cajas de cristal cuajado,
Sábanas de holanda prima,
Colchas de vistosos lazos,
Mantas de olorosas felpas,
Colchones de pluma blandos.

Llábase esta ciudad Jauja,
Isla deliciosa, y tanto,
Que allí ninguna persona
Puede aplicarse al trabajo,
Y al que trabaja le dan
Doscientos azotes agrios,
Y sin orejas le arrojan
De esta tierra desterrado.
Allí todo es pasatiempos,
Salud, contento y regalos,
Alegria, regocijos,
Placeres, gozos y aplausos.
Vivese allí comunmente
Lo menos seiscientos años
Sin hacerse jamas viejos,
Y mueren de risa al cabo.
Las calles de esta ciudad
Hacen con curioso ornato
De ébanos y de marfiles
Curiosos encajonados;
Las murallas que las cercan,
Siendo de bronce dorado,
Tienen de cerco diez leguas
Y de ancho doscientos pasos.
Doce principales puertas,
Que están diamantes brillando,
Paso á la ciudad ofrecen;
Pero delienden el paso
Dos guardas en cada una,
Que hechos vigilantes Argos
No dejan entrar adentro
Pesares, congojas, llantos.
Solo la entrada franquean
Los guardas á todos cuantos
Forasteros quieren ir;
Y lo que pasa en llegando,
Es que salen diez doncellas
Vestidas de azul y blanco,
Tan bizarras como hermosas,
Y con instrumentos varios

Le llevan en medio de ellas
A un riquísimo palacio,
De que toma posesion,
A su obediencia quedando
Las damas, para asistir
A su servicio y regalo;
Y de quince en quince dias,
O de mes en mes lo largo,
Vienen otras diez doncellas
De refresco, y con regalos,
Que son hechizos de amor
Y de la hermosura encanto.
Es tan rica esta ciudad,
Y es abastecida tanto,
Que si acierta á describirlo
Mi pluma, será un milagro.
Primeramente hay en ella,
A trechos proporcionados,
Treinta mil hornos, y todos
Tienen, sin costar un cuarto,
Con abundancia molletes,
Pan de aceite azucarado,
Vizcochos de mil maneras,
Chullas de tocino magro,
Empanadas excelentes
De pichones y gazapos,
De pollos y de conejos,
De faisanes y de pavos,
De lampreas, de salmones,
De atunes, truchas y barbos,
De sabogas y besugos,
Y de otros muchos pescados;
Pastelones de ternera,
Lechoncillos bien tostados,
Tostadas de varios dulces
Y de sazónados agrios;
Cazuelas de codornices,
De arroz, tórtolas y gansos,
Y de otros pájaros bobos
Sabrosos y extraordinarios.
Hay un mar de vino griego,
Otro de San Martín, blanco,
Dos ríos de Malvasia,
De vino moscatel cuatro.
De hipocrases tres arroyos,
De limonada diez charcos,
De agua de limón y guindas,
Canela y anís, seis lagos;
De vinagre blanco y tinto
Diez balsas en breve espacio,
De aguardiente treinta pozos,
Los mas de ellos añisados;
De agua dulce, clara y fresca,
Doce mil fuentes, que es pasmo
Lo artificioso de todas,
Lo primoroso y lo vario;
De queso una gran montaña,
De mantecadas un campo,
De manjar blanco una delicia
Y de cuajada un barranco;
Un valle de mermeladas,
De mazapanes dos llanos,
De canalones dos montes,
Y de acitron dos collados.
Hay de miel un largo río,
Guarnecido y marginado
De arboledas, cuyos frutos
Son pellas de manjar blanco;
Hay hojaldres muy sabrosos,
Buñuelos almibarados,
Mantequillas, requesones
Y pepinos confitados.
Hay treinta acequias de aceite,
Y un dilatado peñasco,
La mitad de queso fresco,
Y la otra mitad salado.
Hay diez y siete lagunas
Continuamente manando
Aceitunas como huevos,

Y alcaparrones tamaños;
Hay de leche un ancho río,
En muchas partes belado,
Otro de natas y azúcar,
A los golosos brindando.
Hay una hermosa arboleda,
Que tiene por todo el año
Peras, membrillos, camuesas,
Melocotones, duraznos,
Manzanas, granadas, bigos,
Todo bueno y sazónado.
Hay campos que dan melones
Ya blancos, ya colorados,
Ya chinos, ya moscateles,
Ya escritos, ó ya borrados.
Hay un espacioso bosque
Adonde nacen caballos
Andantes y corredores,
Ensilados y enfrenados,
Potros, yeguas, mulas, vacas,
Carneros, cabritos, gamos,
Corzos, cabras y terneras,
Jabalies y venados.
Hay un millon de carrozas,
De coches un *mare magnum*,
De centeno y trigo, montes,
De paja y cebada barrios.
Hay ciento y cincuenta cuevas
Que ninguna tiene amo,
Llenas de paño de Londres,
De sedas y de brocados,
Tafetanes y tapices,
Espolinos y damascos,
Toda variedad de sedas,
De lanas y de brocados.
Para las señoras damas
Hay tambien vestidos varios,
Muy llenos de plata y perlas,
Y de diamantes bordados,
Sin que falte cosa alguna
Que sea para su ornato;
Y todo lo dicho cuesta
Solo llegar y tomarlo.
Hay una hermosa alameda,
De cuyos copiosos ramos
Penden diversos vestidos,
A cada cual ajustados.
Ropillas, guantes, coletos,
Sombreros, medias, zapatos,
Camisas, valonas, vueltas,
Calzones, ligas y lazos.
Hay cuatrocientas iglesias,
Ermitas y santuarios,
Todas de plata maciza,
Y oro fino fabricados.
La riqueza y ornamentos
De esculturas y retablos,
Considérelo el prudente
Mientras lo envidia el avaro.
De nieve hay una gran montaña,
De virtud prodigio raro,
Que calienta en el invierno
Y refresca en el verano.
Hay en cada casa un huerto
De oro y plata fabricado,
Que es prodigio lo que abunda
De riquezas y regalos.
A las cuatro esquinas de él
Hay cuatro cipreses altos:
El primero da perdices,
El segundo gallipavos,
El tercero cria conejos,
Y capones cria el cuarto.
Al pié de cada ciprés
Hay un estanque cuajado,
Cual de doblones de á ocho,
Cual de doblones de á cuatro.
Animo pues: caballeros,
Animo, pobres hidalgos;

Miserables, buenas auevas,
Albricias todo cuitado,
Que el que quisiere partirse
A ver este nuevo pasmo,

Diez navios salen juntos
De la Coruña este año.

(La isla de Jaua, etc. Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES DE CONTROVERSA, AGUDEZA
É INGENIOSIDAD¹.

1348.

LA RIQUEZA Y LA POBREZA.

(Anónimo.)

Supuesto de que mi pluma
Está puesta en la palestra
Presentando la batalla
A cuantas plumas discretas,
A cuantos vanos autores,
A cuantas errantes lenguas,
A cuantos ciegos discursos
Se atrevieren en sus letras
A contradecir notando
El asunto de mi idea;
Atencion, porque mi pluma
Se explica con muchas lenguas.
Bien sé que serán sin cuento
Los que lo contrario sientan,
Porque el tema de mi asunto
Es ponerme á la defensa
De un objeto despreciado
De los hombres de la tierra,
Porque es dama tan horrible,
Tan abominable y fea,
Que no quisiera ninguno
Darle posada, ni verla
Que se acerque á los umbrales
De su casa ni sus puertas.
Y porque no estén dudosos
Deseando el conocerla,
Quiero referir su nombre:
Esta pues es la Pobreza;
Y porque conozca el mundo
Su engaño, quiero que entienda
Que es ignorancia muy grande
No amarla y aborrecerla,
Y que muy ciegos vivimos,
Adorando á la Riqueza,
Como dama tan hermosa,
Tan apetecida y bella,
Que todos quieren servirla,
La desean y celebran
Sin conocer que es traidora,
Engañosa y embustera,
Y que todos sus favores
Son fingidas apariencias.
Y si no, atended, supuesto
Que están las dos en palestra,
Sobre cuál es de las dos
Mas prudente, mas discreta,
Mas excelente, mas sabia,
Y cuál merece ser puesta
En estimacion mas alta
Por sus hazañas diversas.
Puestas las dos cuerpo á cuerpo,
Así empecé la Riqueza
Presuntuosa y ufana,
Hablando con la Pobreza
Le dice: — ¿Quién eres tú?
Desdichada, humilde y necia,
Odiosa y aborrecible,
Ultrajada y macilenta,
Que no puedes oponerte,
Discurriendo competencia
Con mi valor, siendo así
Que soy en toda la tierra

La que luce y resplandece
Por mi altivez y soberbia,
Por mi valor y mi brio,
Por mi gala y por mi fuerza,
Y soy de todos los hombres
La servida por discreta,
La escogida por hermosa,
La aplaudida por compuesta,
La regalada por noble,
La engrandecida por seria,
La ensalzada por señora,
La adorada por perfecta.
Todos desean servirme,
Me aplauden y me celebran,
Y todos me dan el lauro
Como á señora suprema.
Tú no, que eres al contrario,
Por humana inteligencia,
Tan cansada y enfadada,
Tan ultrajada por fea,
Tan pisada por inútil,
Tan abatida por necia.
Tan misera y despreciada,
Que de ti nadie hace cuenta;
Todos los hombres te ultrajan,
Porque á todos los afrentas —
Atenta estuvo escuchando
Con atencion la Pobreza,
Y enojada le responde:
— Deten el curso á tu lengua,
Porque altiva y presumida
Tanto cuanto hablas veras;
Y aquesos que de mí huyen,
Esos que me vituperan,
No tienen entendimiento,
Porque si alguno tuvieran,
A ti sola te ultrajaran,
A mi todos me quisieran,
Pues yo soy en todo el mundo
La que está de Dios mas cerca,
Y por quien gozan los hombres
Favores á manos llenas. —
La Riqueza se sonrie,
Y le dice: — ¡Calla, necia!
¿Qué finezas hacer puedes,
Si tu desnuda pobreza
Ni aun para que te sustentas
Te da posible siquiera?
Yo si he hecho muchas cosas
Dignas de alabanza eterna:
Yo he edificado ciudades,
Villas, lugares, aldeas,
Alcazares, edifiicios,
Castillos y fortalezas,
Templos, torres y navios,
Que en esos mares navegan;
Hago condes y marqueses,
Doy cargos y doy nobleza,
Y de un humilde villano
Hago un general apriesa;
Duques y grandes de España
Muchos son con mi licencia,
Y así de las voluntades
El mundo me llama reina. —
La Pobreza le responde:
— ¡Esa es buena diligencia,